

## LA CONSTRUCCIÓN DEL MITO DE CONSTANTINO A PARTIR DE EUSEBIO DE CESAREA

**Florencio Hubeňak**  
*Universidad Católica Argentina*

Podemos apreciar fácilmente que los romanistas más reconocidos de mitades del siglo XX dieron por aceptable la imagen de Constantino recibida del pasado. Así el historiador ruso exilado en Francia Mijail Rostovzef escribió que “el simple hecho de que Constantino crease un poder despótico y hereditario, estrechamente unido a la religión del Estado e inseparable de ella, pone a las claras que el antiguo estado romano del Senado y el pueblo de Roma dejó de existir en el reinado de Constantino y cedió su lugar a un nuevo sistema, que habría de gobernar Oriente y Occidente durante muchos siglos: la monarquía de derecho divino”<sup>1</sup>. Poco antes el también prestigioso historiador francés León Homo afirmaba que “el propio Constantino, imagen del ambiente contemporáneo y reflejo de las mismas aspiraciones, se va inclinando cada vez más hacia el cristianismo, y es él, el que antes profesaba el deísmo, quien creará el Imperio cristiano”<sup>2</sup>; y su colega y co-nacional André Piganiol había escrito respecto a Constantino, que “de hecho, se inclinó cada vez más hacia el cristianismo, sin decidirse, empero, a elevarlo a la categoría de religión del Estado”<sup>3</sup>. Finalmente, más categóricamente, aún el soviético Serguei Kovaliov, afirmó que Constantino “no sólo legalizó la nueva religión con el Edicto de Milán, sino que le reservó un puesto de

---

<sup>1</sup> Roma. De los orígenes a la última crisis. Bs, As. EUDEBA, 1968, p. 239.

<sup>2</sup> *Nueva historia de Roma*, Barcelona, Iberia, 1965, p. 375.

<sup>3</sup> *Historia de Roma*. Bs.As, EUDEBA, 1961, p. 432.

primer plano en el estado, hasta el punto de convertirse de hecho en religión oficial”<sup>4</sup>. De este modo la historiografía contemporánea terminaba ratificando que Constantino fue el responsable de la cristianización del imperio romano y consecuentemente el modelo de emperador cristiano.

Nuestros estudios sobre Teodosio<sup>5</sup> y sobre el mito político de Roma<sup>6</sup> y la curiosidad por tratar de analizar cómo se “construye” un tópico histórico nos llevaron a buscar las raíces de esta cuestión. Así arribamos a Eusebio de Cesarea, el primer autor de una Historia eclesiástica y, a su vez, de la primera vida de Constantino.

Eusebio nació hacia el 260 en Cesarea, sede de la provincia romana de la Palestina<sup>7</sup>, donde transcurrió casi toda su vida y de la cual fue obispo hasta su muerte<sup>8</sup>. Como recuerda san Jerónimo allí desarrolló una importante labor como erudito filólogo y editor de textos bíblicos y religiosos, convirtiéndose en uno de los más notables de su generación. Leclercq destaca su “erudición desbordante”<sup>9</sup>.

Superada la persecución de Dioclesiano que costó la vida a su maestro y gracias al edicto de tolerancia de Galerio, regresó de una incómoda estadía en Egipto y retomó su actividad intelectual, redactando los primeros escritos sobre historia eclesiástica comenzando por una crónica (sincrónica) de acontecimientos históricos desde Adán<sup>10</sup>.

Los especialistas no coinciden respecto a su relación personal con el emperador, del cual indiscutiblemente no fue un consejero político<sup>11</sup>. Aunque Leclercq mencione que ya en 313 Constantino le llama “mi querido hermano

---

<sup>4</sup> *Historia de Roma*. Buenos Aires, Futuro, 1959, t. III, p.261.

<sup>5</sup> “Teodosio y la cristianización del Imperio”. en: *Hispania Sacra*. LI, n° 103, enero-junio de 1999.

<sup>6</sup> *Roma. El mito político*. Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1997.

<sup>7</sup> La primera biografía de Eusebio se debe a su sucesor, el obispo Acacio, quien asimismo editó la mayoría de sus obras, entre ellas –presumiblemente- la *Vita Costantini*. Asimismo la primera biografía erudita de Eusebio pertenece a John Barber Lightfoot y fue publicada en 1880. También W. Smith y H. Wace le estudian en su *A Dictionary of Christian Biography*. t. II, p. 308/48.

<sup>8</sup> Orientado hacia la actividad intelectual, desde joven secundó al erudito bibliófilo Pánfilo en la importante biblioteca formada en la ciudad por Orígenes –fundador de la primera escuela cristiana de significación- al exilarse de Alejandría.

<sup>9</sup> Leclercq, J. *Dictionnaire d'Archeologie chretienne et de liturgie*. Paris, 1922, p. 752.

<sup>10</sup> Op.cit., p. 751 y 768.

<sup>11</sup> Esta tarea le cupo en gran parte al obispo Osio de Córdoba. Cfr. De Clercq, V. “Ossius of Cordoba”. Washington, 1954.

bien amado” y exprese que su vinculación se estableció entre el 313 y el 325<sup>12</sup>, “la primera comunicación directa fue una carta del emperador a Eusebio como metropolitano de Cesarea después de la restauración de la paz, dando órdenes sobre la reconstrucción de las iglesias<sup>13</sup>; y ello no suponía un especial conocimiento<sup>14</sup>.

Es más probable que se hayan conocido personalmente cuando la inauguración de la nueva basílica de Tyro, donde Eusebio, por invitación del obispo Paulino, pronunció una prédica que impresionó al emperador por su erudición. De este modo el “hombre de gabinete”<sup>15</sup> entró en contacto con el poder, fortaleciendo esa relación en ocasión de concilio de Nicea<sup>16</sup>. En dicha oportunidad Constantino le habría contado la visión sobre la aparición de la cruz y la inscripción (invento crucis), como también la protección en batalla bajo ese emblema.

Ambos siguieron carteándose en ocasión de la renuncia de Eusebio a la sede de Antioquía en 330 (III, 61) y más adelante con motivo del envío del tratado pascual dedicado al emperador (IV, 45). En dicha oportunidad Constantino le pidió cinco copias de la escrituras para la nueva sede imperial (Constantinopla), ofreciéndole los medios para efectuarlas (IV, 36)<sup>17</sup>.

Con motivo de la controversia arriana, el obispo participó activamente en los concilios de Nicea, Cesarea, Tyro y Jerusalén, en una posición –junto con su colega de Nicomedia- favorable al heresiarca. La última reunión coincidió con las tricennalia del emperador, ocasión en que Eusebio pronunció, el 25 de julio de 336, el más importante de los discursos (panegírico), en el que esboza su teología política”<sup>18</sup>.

---

<sup>12</sup> Leclercq, J. *op.cit.*, p. 760.

<sup>13</sup> “siendo ésta la primera carta que nos dirigió personalmente” (*Vita* II, 45, 2).

<sup>14</sup> *Dictionnary of Christian Biography*, London, 1880, p.318.

<sup>15</sup> s/Leclercq..., p. 754.

<sup>16</sup> Donde habría ocupado un lugar de rango a la derecha de emperador. Cfr. *Vita* III, 11.

<sup>17</sup> Bien advierte Ligtfoot que ello no implica “una correspondencia familiar” (*Dictionnary of Christian Biography*, p. 318). Sabemos que el obispo también se carteo con la emperatriz Constancia, hermana de Constantino y esposa de Licinio, interesada en temas religiosos.

<sup>18</sup> Cfr. Farina, R. *L'Impero e l'imperatore cristiano in Eusebio di Cesarea. La prima teologia politica del Cristianesimo*. Zurich, Pas Verlag, 1966, y Cranz, F. Edward. “Kingdom and Polity in Eusebius of Caesarea”, en: *Harvard Theological Review*, 45, 1952, p. 47/66.

A manera de síntesis “la mayoría de los estudiosos coinciden que el obispo (Eusebio) probablemente conversó con el emperador en no más de cuatro ocasiones”: junio-julio 325 durante el concilio de Nicea, diciembre del 327 en el concilio de Nicomedia, noviembre de 335 con motivo del exilio de Atanasio y julio del 336 en ocasión de su *Laudibus Constantini*<sup>19</sup>. En este aspecto “recientes estudios historiográficos han corregido la perspectiva aclarando que las relaciones personales entre Constantino y Eusebio se limitaron a esporádicos encuentros y a un cambio de correspondencia que fue afianzando la autonomía de pensamiento de ambos”<sup>20</sup>.

Después de la muerte del emperador, ocurrida el 22 de mayo de 337, Eusebio tomó la decisión de narrar su vida, a la que consagró cuatro libros, escritos después de setiembre del 337<sup>21</sup>. En este sentido nos parece importante la observación de Amerise, sobre la influencia que debió haber tenido en el obispo el final de las persecuciones –que él mismo sufriera- y que considerase la libertad a la Iglesia otorgada por Constantino como un hecho providencial por la acción de Dios<sup>22</sup>.

Pero antes de analizar la formación del mito caben algunas consideraciones sobre la autoría de la *Vita*, sintetizadas en dos posiciones. “La primera que atribuye a Eusebio la *Vita* y juzga auténticos casi la totalidad de los textos allí insertados; y la segunda que niega en parte esta autenticidad; en los autores más radicales Eusebio no sería su redactor”<sup>23</sup>. Esta problemática es muy antigua ya que se remonta hasta el siglo XVII. Sin entrar en detalles que nos alejarían del objeto de este trabajo, es sintomático que para algún autor “los antiguos eruditos tenían como evidente que Eusebio no escribió la *Vita*”<sup>24</sup>, mientras que otro advierte sobre la tradición,

---

<sup>19</sup> Bornes T. *Constantine and Eusebius*. Cambridge Mass 1981, p. 266. cit. Drake, H. “What Eusebius knew: The genesis of the *Vita Constantini*”, en: *Classical Philology*, 83-1, enero 1988, p. 20, nota 2 y p. 26.

<sup>20</sup> Cfr. Barnes, T. *Constantine and Eusebius*. Cambridge, 1981. cit. Amerise, M. *Elogio di Costantino*, Paoline, 2005, p. 12.

<sup>21</sup> Fecha de la proclamación de los tres hijos de Constantino. Eusebio murió en fecha imprecisa entre 338 y los comienzos de 340, más probablemente el 30 de mayo de 339.

<sup>22</sup> *Elogio di Costantino*, Paoline, 2005, p. 13.

<sup>23</sup> Jones, A.H.M. “Notes on the Genuineness of the Constantinian Documents in Eusebius Life of Constantine”, en: *J.Eccl. Hist.*, 5, 1954, p. 196.

<sup>24</sup> Elliot, T. “Eusebian frauds in the *Vita Constantini*”, en: *Phoenix*, 45, 1991, 2, p. 171. Esta posición fue defendida fundamentalmente en los treinta por H. Grégoire

no contradicha por la historia, que atribuyó, desde por lo menos fines del siglo V, a Eusebio la paternidad de la *Vita Costantini*...<sup>25</sup>. En una interesante posición intermedia G. Downey<sup>26</sup> acepta una redacción tardía y correcciones que explicarían las contradicciones internas<sup>27</sup>.

Entre las diferentes posiciones vigentes nos parece aceptable que la *Vita*, escrita de manera probablemente inconclusa en los últimos años de Eusebio<sup>28</sup>, fue publicada por su sucesor en la escuela y el episcopado antes del 348 (entre 337 y 340)<sup>29</sup>.

---

(“La conversion de Constantin”, en: *Revue de la Univeristé de Bruxelles*, 36, 1930/1, p. 231/72; Eusèbe n’est pas l’auteur de la *Vita Constatini* dans la forme actuelle et Constantin ne s’est pas converti en 312, como parte de: “Nouvelles recherches constantiniennes”, en: *Byzantion*, XIII, 1938, p. 551 y L’authenticité et l’historicité de la *Vita Constantini* attribuée à Eusebe de Césarée, en: *Bulletin de la Classe de lettres de l’Académie royale de Belgique*, 39, 1953, p. 462/79 alegando contradicciones internas del texto. Una de las respuestas más contundentes fue de J. Vogt (“Die *Vita Costantini* des Eusebius über den Konflikt Zwischen Contantin und Licinius”, en: *Historia*, 2, 1953/4, p. 463/71).

<sup>25</sup> Franco de Cavalieri, Pío. “Constantiniana. Citta del Vaticano”, *Bibl. Apost. Vaticana*, 1953, *Studi e Testi*, 171. La posición favorable a la autoría fue revitalizada con nuevos textos (el *Papyrus Londinenses* 878) por A.H.M. Jones (“Notes on the Genuineness of the Constantinian Documents in Eusebius Life of Constantine”, en: *J.Eccl. Hist.*, 5, 1954, p. 196/200).

<sup>26</sup> “The Builder of the Original Church of the Apostles at Constantinopla: a Contribution to the Criticism of the *Vita Costantini* attributed to Eusebius”, en: *Dumbarton Oaks Papers*, 6, 1951, p. 53/80.

<sup>27</sup> Cfr. Baynes, N. “Constantine the Great and the Christian Church”, en: *Proc. Brit. Acad.*, 15, 1929, nota 18. El trabajo más detallado sobre la “construcción” del texto sigue siendo Eusebio Pasquali (“Die Composition der *Vita Constantini* des Eusebius”), *Hermes* 45 (1910), 369-386.

<sup>28</sup> Drake, H. “What Eusebius knew: The genesis of the *Vita Constantini*”, en: *Classical Philology*, 83-1, enero 1988, p. 25.

<sup>29</sup> “Esta primera *Vita*, que llamamos auténtica porque es contemporánea, es obra de Eusebio? Sin duda que no, porque san Jerónimo no la conoce bajo el nombre del obispo de Cesarea; de uno de sus familiares, que tuvieron acceso a las notas compiladas por él, no sin agregados personales, y publicada bajo su propio nombre, nosotros lo ignoramos: los antiguos no tenían escrúpulos en materia de propiedad literaria...” (Petit, “P. Libanius et la *Vita Constantini*”, en: *Historia*, 1, 4, 1950, p. 580/1). “La conclusión es clara: la *Vita* del 340, de un autor poco conocido –probablemente fue publicada sin nombre de autor- bajo Teodosio, y pudo servir a la misión del prefecto Cinegios, arreglada, finalmente completada por un fanático y

Aunque la *Vita Costantini* ha suscitado discusiones apasionadas<sup>30</sup> debemos reconocer que “ante la falta de evidencias, cualquier conclusión acerca de su origen y propósito no son más que especulaciones”<sup>31</sup>.

En nuestra opinión la imagen la *Vita Constantini*- es la base de la imagen del emperador Constantino que se fue formando a través de los siglos, conformando un mito que aún subsiste y cuyas características fundamentales trataremos de bucear en tres puntos clave: la *conversio*, la *inventio crucis* y el Edicto de Milán.

## 1. LA *CONVERSIO COSTANTINI (IN HOC SIGNO VINCES)*

Ya en el siglo V el historiador Sozomeno, en su muy citada *Historia eclesiástica* –continuación de la obra de Eusebio entre el 324 y el 425, sintetizó su información sobre el tema afirmando: “*Nosotros fuimos informados que Constantino asumió con honor la religión cristiana por la concurrencia de varios hechos diferentes, particularmente por la aparición de un signo en el cielo*”<sup>32</sup>.

Pero el tema ya aparece en Eusebio, quien en la *Vita* escribió: “*Mientras esto imploraba e instaba perseverante en sus ruegos, se le aparece un signo divino del todo maravilloso, al que no sería fácil dar crédito, si fuera quizá otro el que lo contara, pero si es el emperador victorioso el que, mucho tiempo después, cuando fuimos honrados con su conocimiento y trato, nos lo comunica, ratificando mediante juramento la noticia, a nosotros que estamos redactando este relato, quién podría dudar como para no fiarse de lo que referimos, en especial cuando los mismos hechos posteriores establecieron con su testimonio la verdad de lo narrado. En las horas meridianas del sol, cuando ya el día comienza a declinar, dijo que vio con sus propios ojos, en pleno cielo, superpuesto al sol, un trofeo en forma de cruz, construido a base de luz y al que*

---

atribuida a Eusebio. Se trataba de una obra de edificación, un arma de combate, destinada a impeler a Teodosio a sus actos definitivos contra el paganismo” (Petit, P. “Libanius et la Vita Constantini”, en: *Historia*, 1, 4, 1950, p. 581).

<sup>30</sup> Dupont, C. “Decisiones et textes constantiniens dans les oeuvres d’Eusebe de Césarée”, en: *Viator*, 2, 1971, p. 1.

<sup>31</sup> Drake, H. “What Eusebius knew: The genesis of the Vita Constantini”, en: *Classical Philology*, 83-1, enero 1988, p. 36.

<sup>32</sup> Sozomeno. *Historia eclesiástica*. I, 3. Hay edic. inglesa en: Internet: [www.freewebs.com/vithapone1/history/sozomen](http://www.freewebs.com/vithapone1/history/sozomen)

*estaba unido una inscripción que rezaba: con éste signo vencerás (in hoc signo vinces). El pasmo por la visión lo sobrecogió a él y a todo el ejército, que lo acompañaba en el curso de una marcha y que fue espectador del portento. Y decía que para sus adentros se preguntaba desconcertado qué podría ser la aparición. En esas cavilaciones estaba, embargado por la reflexión, cuando le sorprende la llegada de la noche. En sueños vio a Cristo, hijo de Dios, con el signo que apareció en el cielo y le ordenó que, una vez se fabricara una imitación del signo observado en el cielo, se sirviera de él como de un bastión en las batallas contra los enemigos*<sup>33</sup>.

También su contemporáneo Lactancio se refirió a la conversio: “Constantino fue advertido en sueños para que grabase en los escudos el signo celeste de Dios y entablase de este modo la batalla. Pone en práctica lo que se le había ordenado y, haciendo girar la letra X con su extremidad superior curvada en círculo, graba el nombre de Cristo en los escudos. El ejército protegido con este emblema, toma las armas”<sup>34</sup>.

Y el citado Sozomeno, en su Historia eclesiástica detalló: “Cuando se formó la resolución de entrar en una guerra contra Majencio, fue acosado con dudas en cuanto a los medios de llevar a sus operaciones militares, y en cuanto a la cuarta parte de donde él podría buscar ayuda. En medio de su perplejidad, observó, en una visión, el signo de la cruz brillando en el cielo. Sorprendido por el espectáculo, pero algunos santos ángeles que estaban allí parados, exclamaron “¡Ay, Constantino! Por este signo, conquistarás!” Y se dice que Cristo mismo se le apareció y le mostró el signo de la cruz, y le mandó construir uno semejante, y retenerlo en su auxilio en la batalla, para asegurar la victoria. Eusebio, de apellido Pamphilus afirma que el emperador oyó declarar con juramento, cuando el sol estaba a punto de inclinarse hacia la mitad del día, él y los soldados que estaban con él vieron en el cielo el trofeo de la cruz compuesta de la luz, y rodeado por las siguientes palabras: “Por este signo, vencerás”. Esta visión se reunió con él por el camino, cuando estaba perplejo en cuanto a dónde debe dirigir sus legiones. Mientras reflexionaba sobre lo que ésto podría significar, llegó la noche, y cuando se quedó dormido, se le apareció Cristo con el signo que había visto en el cielo, y le mandó a construir una representación y utilizarla como auxilio en sus encuentros hostiles. No había nada más ser dilucidado, por el emperador aprehendido claramente la necesidad de servir a Dios. Al

---

<sup>33</sup> Eusebio. *Vida de Constantino*. I, 28,1 -29.

<sup>34</sup> Lactancio. *De la muerte de los perseguidores*. 44, 5/6.

*amanecer convocó a los sacerdotes de Cristo, y les interrogó sobre sus doctrinas*<sup>35</sup>.

Como es sabido el texto eusebiano agrega que consultó -sin éxito- a los augures oficiales y de otros cultos hasta que sacerdotes cristianos le aclararon la visión explicándole que *“se trataba del Dios hijo unigénito del único y sólo Dios, y que la señal aparecida era símbolo de la inmortalidad y constituía un trofeo de la victoria sobre la muerte, una victoria que Él se ganó cuando otrora vino a la tierra, y le dieron a conocer los motivos de aquella venida, haciéndole una detallada exposición de la economía divina”* (I, 32, 2) y a partir de entonces los incorporó como consejeros a su séquito (I, 32); y Sozomeno agrega *“El emperador, sorprendido por las profecías relativas a Cristo que le fueron explicadas por los sacerdotes, convocó un hábil artesano y le mandó remodelar el llamado por los romanos Labarum para convertirlo en una representación de la cruz, y adornarlo con oro y piedras preciosas. Este trofeo de guerra era valorado más que todos los demás, porque era costumbre que se llevara delante del emperador, y fuera adorado por los soldados”* (I, 4).

A mitades del siglo XIII Jacobo de la Vorágine en su Leyenda aurea – obra hagiográfica que nos transmitió una versión –legendaria y “oficial”- de las vidas de santos de la Antigüedad, al referirse a la celebridad de la *inventio crucis*, escribió: *“Aquella misma noche, mientras dormía, un ángel lo despertó y lo invitó a mirar a a lo alto. Al levantar sus ojos hacia el cielo Constantino vio suspendida en el espacio una cruz formada por dos rayos luminosos, y sobre ella una inscripción en letras de oro que decía In hoc signo vinces. Confortado con esta visión, el emperador mandó construir una cruz semejante a la que viera en el cielo, e hizo que un abanderado la llevara, enhiesta, a modo de estandarte, delante de los soldados; dio orden de ataque, lanzó sus ejércitos contra los enemigos, causando entre éstos muchísimos muertos y obligando a huir a toda prisa al resto de las tropas bárbaras (en el Danubio). Después de la victoria Constantino reunió a los pontífices de todos los templos y trató de averiguar por medio de ellos, a que dios pertenecía la señal en cuyo nombre había obtenido tan importante triunfo. Ninguno de los reunidos supo dar respuesta a su pregunta; mas sí se la dieron algunos cristianos que comparecieron ante él y le explicaron minuciosamente todo lo relativo al misterio de la Santa cruz y a la fe en la Trinidad. A raíz de ésto, el emperador creyó con toda su alma en Jesucristo*

---

<sup>35</sup> Sozomeno. *Historia eclesiástica*. I, 3.



y fue bautizado, según algunos libros por el papa Eugenio y, según otros, por el obispo de Cesarea”<sup>36</sup> y el propio Jacobo aclaró que “en el anterior relato hay varios puntos que no concuerdan con lo que se lee sobre este asunto en la Historia tripartita, en la Historia Eclesiástica, en la Vida de San Silvestre, y en las Gestas de los romanos Pontífices, ya que en estas obras mencionadas se da a entender que Constantino fue convertido a la fe y bautizado por el propio papa Silvestre”<sup>37</sup>.

Con la aclaración que no es nuestro objetivo actual analizar la veracidad de las afirmaciones de Eusebio y Sozomeno, sino interpretar el significado que aportaron, señalemos que estos textos enmarcan fundamentalmente tres cuestiones: ¿Constantino tuvo una visión o un sueño?, la construcción del *labarum*<sup>38</sup> y los aspectos de la conversión de Constantino (¿cuándo?, ¿por qué?).

Con respecto al primer aspecto Eusebio de Cesarea solamente menciona la cuestión en la Vita Constantini y distingue claramente dos momentos diferentes: una visión (“En las horas meridianas del sol, cuando ya el día comienza a declinar, dijo que vio con sus propios ojos, en pleno cielo”) y un sueño (“En esas cavilaciones estaba, embargado por la reflexión, cuando le sorprende la llegada de la noche. En sueños vio a Cristo”). El mismo texto es transcrito por Sozomeno, el continuador de su Historia ecclesiastica. Lactancio, en cambio, sólo dice que “Constantino fue advertido en sueños para que grabase en los escudos el signo celeste de Dios y entablase de este modo la batalla”.

Analizado el tema en el contexto de su época resulta habitual observar que los cronistas –y no sólo en los panegíricos– hicieran mención a la intervención divina, mediante visiones, sueños e interpretaciones- en las acciones significativas de los hombres ilustres<sup>39</sup> y es entendible que Eusebio y Licinio coincidieran con sus contemporáneos. La diferencia radica en la interpretación del significado.

En cuanto al *Labarum* según Eusebio “ordenó que, una vez se fabricara una imitación del signo observado en el cielo, se sirviera de él como de un

---

<sup>36</sup> *Leyenda dorada*. LXVIII, Madrid, Alianza, t.I, p. 287/94.

<sup>37</sup> Cfr. su San Silvestre.cap. XII.

<sup>38</sup> Cfr. La visión de la cruz, en: Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. Madrid, Gredos, 1994, p. 399/411.

<sup>39</sup> A modo de muestra baste señalar: Corsaro, Fco. “Sogni e visioni nella teología della vittoria di Costantino e Licinio”, en: *Augustinianum*, XXIX, 1/3, diciembre 1989, p. 333/49. Todo el número está dedicado al tema de los sueños.

*bastión en las batallas contra los enemigos”* y para Lactancio “*que grabase en los escudos el signo celeste de Dios y entablase de este modo la batalla*”. Similares conceptos en el ya mencionado párrafo de Sozomeno (I, 4).

La discusión historiográfica en general ha aceptado que Constantino dispuso cambiar el *Labarum* imperial<sup>40</sup> por el signo de la cruz, pero varía en las múltiples interpretaciones sobre las características del mismo y la fecha en que ocurrió el acontecimiento. A los efectos de nuestra narración señalemos, simplemente, que para los autores mencionados no caben dudas que Constantino tuvo una visión/sueño y que con tal motivo cambió las insignias imperiales por un signo cristiano<sup>41</sup>. Como sintetiza Gurruchaga el emperador “pone en práctica lo que se le había ordenado, y haciendo girar la letra X con su extremidad superior curvada, graba el nombre de Cristo en los escudos”<sup>42</sup>.

Por otro lado cabe destacar que para Eusebio el *labarum* es el símbolo del divino y misterioso poder de Constantino; “el signo salvífico”<sup>43</sup>, “el trofeo de la cruz cristiana como símbolo triunfante del Cristo victorioso sobre la muerte”<sup>44</sup>.

En cuanto a la conversión de Constantino –convertida en trofeo de lucha entre posiciones antagónicas- se ha concedido importancia histórica a un tema que hace más a su conciencia como persona que a aspectos de su gobierno, y que por otra parte es difícilmente verificable y peligrosamente “manipulable”.

Eusebio hace referencia en varias oportunidades de su *Vita* a que el emperador era cristiano y actuaba como tal. Un ejemplo categórico –pero no el único– es un párrafo de una carta de Constantino a los provinciales de

---

<sup>40</sup> Un *vexillum* compuesto de un asta y un travesaño del que pendía un *suparum* o paño.

<sup>41</sup> A. Alföldi ha identificado monedas que fechó en 315, deduciendo que Constantino llevó el monograma en su yelmo el día de la batalla de Puente Milvio “The Helmet of Constantine with the Christian Monogram”, *Journal of Roman Studies* XXII, 1932, 9/23. Mayores detalles en: Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. Madrid, Gredos, 1994, p. 171, notas 74 y 75.

<sup>42</sup> La visión de la cruz, en: Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. Madrid, Gredos, 1994, p. 399.

<sup>43</sup> I, 28/31; “colocó a la cabeza como signo salvífico” (I, 37 y reitera el “signo salvífico en: I, 31/40, II, 7, II, 16, III, 2,3 y IV, 25, 21) y salvaguardia del gobernante y de todo el imperio (II, 3/9); en carta a los obispos (II, 55).

<sup>44</sup> I, 32; Cfr. HE IX, 9. Storch, Rudolph. The “Eusebian Constantine”, en: *Church History*, 40, 2, junio 1971, p. 148.

Palestina<sup>45</sup> donde les manifiesta “*he llegado a la inquebrantable convicción de que debo al sumo Dios toda mi alma, todo lo que respiro y, en suma, todo lo que se resuelve en lo más íntimo del pensamiento*”<sup>46</sup>.

Pero indudablemente el momento indiscutido de su cristianismo fue su bautismo, acontecimiento, ocurrido presumiblemente en los tiempos de Pentecostés del 337, que Eusebio narra (IV, 63) vinculándolo con los últimos días del emperador (“lo próximo que estaba a su fin”) y menciona que la solemne ceremonia tuvo lugar en la ciudad de Nicomedia en presencia de los obispos presentes.

La historiadora Marilena Amerise estudió cuidadosamente el bautismo de Constantino<sup>47</sup>, mencionando la existencia de dos versiones. La citada de Eusebio que se propagó en la *pars orientis* y otra latina, vinculada a las *Actas Sylvestri* que, ante el arrianismo del obispo que le bautizara (Eusebio de Nicomedia) prefirió vincularlo a Silvestre, entonces obispo de Roma<sup>48</sup>. Al basarse en la segunda, Jacobo de la Vóragine incorporó la versión de la lepra y su curación por el bautismo<sup>49</sup>.

---

<sup>45</sup> Algunos autores preocupados por la contundencia plantearon la apocrifidad de esta carta imperial, como de muchos otros textos que no coinciden con sus “conclusiones”.

<sup>46</sup> Eusebio de Cesarea. Vida de Constantino. II, 29, 2. Sozomeno agrega que “...es universalmente admitido que Constantino abrazó la religión de los cristianos, antes de su guerra con Majencio, y antes de su ingreso a Roma e Italia: y esto se evidencia por las fechas de las leyes que promulgó en favor de la religión” (Sozomeno. *Historia eclesiástica*. I, 5).

<sup>47</sup> *Il battesimo di Costantino il grande. Storia di una scomoda eredità*. Stuttgart, Steiner, 2005, 117p.

<sup>48</sup> Amerise precisa que Eusebio omite mencionar que lo bautizó su homónimo de Nicomedia. El bautismo no es mencionado por las fuentes posteriores: Ambrosio, Rufino, Sulpicio Severo, Sócrates, Sozomeno y Theodoreto. San Jerónimo, en cambio acusa a Constantino por su arrianismo. Recién en el siglo V Gelasio de Cyzico afirmó explícitamente que Constantino fue bautizado por un obispo arriano (en: Photius. Biblioteca. Cod. 88) (en: Bryn Mawr classical review del 4-III-2006, en Internet). Las *Actas* son la fuente de Jacobo de la Vorágine. Las *Actas Sylvestri* son citadas por Ephraim, Cedrenus y Zonaras.

<sup>49</sup> “*En una crónica bastante autorizada se dice que a pesar de la victoria obtenida en esta ocasión, Constantino ni se bautizó ni aceptó la fe cristiana, sino que su conversión y bautismo por san Silvestre tuvieron lugar posteriormente, es decir, a raíz de la visión con que le favorecieron los apóstoles Pedro y Pablo. Esta aparición, y la curación de la lepra que padecía, fueron las circunstancias que le*

Para el objeto de este trabajo resulta irrelevante “la cuestión de saber si la actitud de Constantino fue la de un hábil político o la de un cristiano verdadero”<sup>50</sup>, como tampoco las discusiones sobre el nivel de conocimiento y discernimiento teológico del emperador<sup>51</sup>.

Pero desde otra óptica, indudablemente “la conversión de Constantino fue la conclusión apropiada de la visión del Imperio en cual Eusebio además creía”<sup>52</sup>.

## 2. EL ENCUENTRO DE LA VERA CRUZ Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO

La *inventio crucis* o descubrimiento de la cruz de Cristo es uno de los aspectos esenciales del mito de Constantino. El tema no se encuentra en la *Vita* de Eusebio de Cesarea ni en su *Historia Ecclesiastica*, aunque el autor –como veremos– en el libro III hace referencia detallada al viaje de Helena, la madre del emperador a las provincias orientales y especialmente a Jerusalén<sup>53</sup>.

---

*determinaron a convertirse y a enviar a Jerusalem a su madre santa Elena para que buscarse la Cruz del Señor. Sin embargo, Ambrosio en la carta que escribió con motivo de la muerte de Teodosio, como la Historia tripartita, dicen, y lo dice también san Jerónimo, que Constantino no se bautizó hasta los últimos momentos de su vida, estando ya en inminente peligro de muerte, y que la demora en recibir el bautismo después de su conversión obedeció a que el emperador tenía especial interés en ser bautizado en el río Jordán” y agrega “tanto lo de la demora en bautizarse como otras muchas cosas contenidas en la leyenda de san Silvestre que ocupa el capítulo XII de esta obra, resultan dudosas” (Leyenda dorada. LXVIII, Madrid, Alianza, t.I, p. 287/94).*

<sup>50</sup> Dupont, C. “Decisiones et textes constantiniens dans les oeuvres d’Eusebe de Césarée”, en: *Viator*, 2, 1971, p. 31.

<sup>51</sup> Cfr. Elliot, T.G. “Constantine’s Conversion: Do We really need it?”, *Phoenix*, 41, 1987, p. 420/38; Gurruchaga, M. “La visión de la cruz”, en: *Eusebio de Cesarea. Vida de Constantino*. Madrid, Gredos, 1994, p. 399/412.

<sup>52</sup> Hollerich, M. “Religion and Politics in the Writings of Eusebius: Reassessing the First Court Theologian”, en: *Church History*, 59, 3, set. 1990, p. 315/6.

<sup>53</sup> 42-47. Con respecto a los porqués del viaje de Helena a Medio Oriente, Eusebio menciona una misión de inspección a las iglesias del lugar (III, 42), Sozomeno habla de una peregrinación (II, 1,2) y Píganios (*L’empire chretien*, p. 39) sugiere de expiación por haber provocado la muerte de Fausta, su nuera.

Esta cuestión nos plantea fundamentalmente tres interrogantes: el papel de Helena, la madre del emperador Constantino, el encuentro de la vera cruz y de otras reliquias de la Pasión y la selección de la cruz correcta.

Es sabido que como consecuencia de este viaje fueron halladas la cruz en que Cristo fue crucificado y otras reliquias de la pasión, construyéndose en Jerusalén el templo para la veneración del Santo Sepulcro<sup>54</sup>.

Comencemos una vez más por las fuentes que nos han llegado.

En primer lugar Eusebio –nuestra fuente básica en este aporte– menciona que Constantino, agradecido con el dios de los cristianos, decidió “construirle un lugar de oración en el lugar de su resurrección” (III, 25). Para ello ordenó “*que, excavado el lugar a gran profundidad, sea transportado el mismo suelo con toda su tierra removida por la excavación al sitio más distante posible, por estar contaminado con los demoníacos sacrificios. También esto se se ejecutó sin dilación. Cuando, un estrato tras otro, apareció en el fondo el primitivo solar del terreno, contra toda esperanza ofreciese a la vista el santo y venerable santuario de la resurrección del Salvador, y la cueva, santa (en verdad) donde las haya*”<sup>55</sup> Señalemos que la narración es anterior al viaje de santa Helena y para sorpresa de los historiadores no hace mención alguna al descubrimiento de la cruz (*lignum crucis*)<sup>56</sup>.

---

<sup>54</sup> Cabe observar que “cuando santa Elena decidió viajar a Jerusalén hacia casi tres siglos que no se sabía nada de la Santa Cruz ni del lugar exacto del Calvario (sic). Además, los terremotos y las guerras habían modificado la topografía de la ciudad” (Lara Martínez, María y Laura. “Santa Elena y el hallazgo de la cruz de Cristo”, en: *Comunicación y Hombre*, 3, 2007, p. 45). El emperador Adriano había hecho construir intencionalmente en el lugar un templo a Afrodita. El viaje de la madre del emperador adquirió tal relevancia futura que fue incluido en *Hakluyt's Voyages* (2, 1810). Por otra parte señalemos que “cuando los mensajeros imperiales de Constantino llegaron a Jerusalén (entonces Aelia Capitolina) sabían exactamente donde buscar y donde excavar”, ya que existía una larga tradición sobre el tema. Cfr. Hesemann, Michel. *Titulus crucis*, Cinisello Balsamo, San Paolo, 2000, p.195. Cfr antecedentes literarios y epigráficos.

<sup>55</sup> Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. III; 26.

<sup>56</sup> Entre muchos intentos de explicación Martín Gurruchaga sugiere una explicación más simple: “Eusebio tiene una antipatía racionalista por todo lo que es milagro o lo rezuma, y una prevención hacia la “Cruz”, por su referencia al Lógos consubstancial, encarnado y crucificado. Su soteriología prefiere la Resurrección a la Crucifixión, esta última obra, por demás, de judíos” (Introducción a: *Eusebio de Cesarea. Vida de Constantino*. Madrid, Gredos, 1994, p. 291/2, nota 78).

La primera mención a la *inventio crucis*<sup>57</sup> parece haberse debido al obispo Ambrosio de Milán, quien, en el 395, en el discurso pronunciado en las exequias del emperador Teodosio resaltó el papel de la emperatriz Helena, mencionó la búsqueda y encuentro de las tres cruces que “yacían desordenadas y bajo los escombros, escondidas del enemigo”, y añadió que fueron distinguidas gracias a la inscripción que Pilato hizo colocar en la cruz de Cristo<sup>58</sup>.

Pero la primera narración –también en la *pars occidentis*– se debió al obispo Rufino de Aquileya, quien –a comienzos del siglo V– escribió una *Historia ecclesiastica* donde menciona más detalladamente que: “*En aquel mismo tiempo Elena, madre de Constantino, mujer incomparable por su fe, por la sinceridad de su religión y por la singular magnificencia, de la cual legítimamente Constantino era hijo, y creído como tal, amonestada por visiones divinas, se dirigió a Jerusalem e hizo decir a los habitantes de la ciudad el lugar donde había sido enterrado el sagrado cuerpo de Cristo, muerto en la cruz. Pero era difícil individualizar aquel lugar, porque allí mismo fue erigida por los antiguos perseguidores de la Iglesia una estatua a Venus exactamente en el mismo lugar: si alguno de los cristianos hubiese ido a adorar a Cristo en aquel lugar, podía entenderse que estaba adorando a Venus*” (X, 8). Y aunque agrega que en una de las tres cruces halladas “*se encontraba también el título escrito por Pilatos en letras griega, latina y hebrea*” ahora añade que “*esto no era garantía suficiente para individualizar el patíbulo del Señor. La misma incerteza sobre aquella situación ambigua exigía una intervención divina. Había en la ciudad una mujer de rango superior, acometida de grave enfermedad, ya casi al fin de sus días. En aquellos años el obispo de Jerusalem era Macario. Apenas supo que reinaba la duda exclamó: «Llevad las cruces que encontrásteis: Dios será quien indicará cuál fue la cruz que sostuvo a Dios»...*” (X, 8)<sup>59</sup>.

---

<sup>57</sup> La veneración de la Cruz empezó hacia el 340, en un proceso de acelerada expansión: en 359 ya se encuentran reliquias del *Lignum* en Rasguña (Rougie) y Tixtre (Tocqueville) (Guruchaga), M. Introducción a *Eusebio de Cesarea. Vida de Constantino*. Madrid, Gredos, 1994, p. 298, nota 78).

<sup>58</sup> *De obitu Teodosii*. 45/46.

<sup>59</sup> Similar versión en: Sócrates de Constantinopla. *Hist. Ecles.* I, 17 y también en Teodoreto de Cirro, quien refiere: “cuando vio la luz el sepulcro encontrado, aparecieron a la vista, en la tumba del Señor, tres cruces desparramadas” (I, 18,2) y, repite la intervención del obispo Macario y la mujer enferma (*Historia ecclesiastica*

Una vez más la versión más detallada la encontramos en Sozomeno, quien, a diferencia de su fuente Eusebio, ya hace referencia a la inventio: *“Cuando hubieron concluido en Nicea los asuntos anteriormente relatados, los clérigos regresaron a sus hogares. El emperador se alegró sobremanera con la restauración de la unidad de creencias en la Iglesia Católica, y deseoso de expresar en nombre de sí mismo, de sus hijos, y del imperio, la gratitud hacia Dios, con la unanimidad de los obispos inspirados, decidió se erigiera una casa de oración a Dios en Jerusalem, cerca del lugar llamado Calvario. Al mismo tiempo, su madre Elena como reparación viajó a esa ciudad con el fin de ofrecer una oración y visitar los lugares sagrados...”* y tras reordenar las dificultades, incluyendo el templo de Afrodita, continúa: *“Pero a la larga el lugar fue descubierto, y el fraude celosamente mantenido fue detectado; algunos dicen que los hechos fueron revelados por un hebreo que habitaba en el este, y que obtuvo su información de algunos documentos que le habían llegado por herencia paterna, pero parece más acorde con la verdad suponer que Dios hubiera revelado el hecho por medio de signos y sueños, porque no pienso que la información humana sea necesaria cuando Dios cree que es mejor manifestar la misma. Cuando por orden del emperador se excavó profundamente en el lugar, fue descubierta la cueva donde nuestro Señor surgió de entre los muertos, y a corta distancia, se encontraron tres cruces y separadamente otra hoja de madera en la cual estaban inscriptas en letras en hebreo, en griego y en latín, las palabras siguientes: “Jesús de Nazaret, el rey de los Judíos”. Estas palabras, como el libro sagrado de los evangelios refiere, fueron colocadas por orden de Pilato, gobernador de Judea, sobre la cabeza de Cristo. Pero todavía seguía siendo una dificultad distinguir la Divina cruz de las demás, porque la inscripción había sido arrancada de ella y echada, y la cruz se había sido dejado de lado con las otras, sin distinción alguna. De acuerdo a la historia, los soldados encontraron a Jesús muerto en la cruz, y lo bajaron y le enterraron, mientras que, a fin de acelerar la muerte de los dos ladrones, que fueron crucificados con él, se les rompieron sus piernas y, a continuación, se les arrojó fuera del camino.... Pero era necesaria una intervención divina que facilitara distinguir la Divina cruz de las demás, y esta revelación se produjo de la siguiente manera: Había en Jerusalén una dama de cierto rango, afectada por una grave enfermedad incurable;*

---

I, 18, 4). Encontramos una narración similar en la *Historia ecclesiastica* del historiador Teodoreto de Cirro de mitades del siglo V (I, 18, 2/4).

*Macarius, el obispo de Jerusalén, acompañado por la madre del emperador y sus asistentes, se dirigieron a su cabecera. Después de participar en la oración, Macarius manifestó a los presentes que la Divina cruz sería aquella que, al entrar en contacto con la inválida, eliminaría la enfermedad. Acercó a ella, a su vez, cada una de las cruces, pero cuando dos de las cruces fueron colocadas junto a ella pareció como si se acercara a la muerte. Sin embargo, cuando se arrimó la tercera cruz a ella de la misma manera, de repente abrió los ojos, recuperó su fuerza, y de inmediato se levantó de la cama, recuperada. Se dice que así como una persona murió, de la misma manera, otra fue restaurada a la vida”.*

Y el mismo Sozomeno para acentuar la veracidad de sus dichos significativamente agregó: “*Los incidentes que hemos relatado anteriormente nos fueron narrados por hombres de gran precisión, informados de padre a hijo, y otros que han registrado los mismos hechos por escrito para beneficio de la posteridad*”<sup>60</sup>.

De las fuentes transcritas y las investigaciones posteriores parece surgir que la *inventio crucis* sea verdaderamente una leyenda elaborada, sobre la tradición del hallazgo de la emperatriz Helena, después de la redacción de la *Vita* de Eusebio, quien solo menciona el hallazgo del “santo sepulcro” pero significativamente no hace referencia a las cruces. Pero casi contemporáneamente menciona la cruz el obispo Cirilo de Jerusalén (347?) y san Jerónimo<sup>61</sup>. Aunque la primera referencia escrita –como vimos– corresponde a Rufino de Aquileya, éste afirma transcribir una *Historia ecclesiástica* de Gelasio de Cesarea escrita pocos años antes<sup>62</sup>.

El punto álgido de la leyenda, que influyó en el mito de Constantino, a través del papel de su madre, se debió al dominico Jacobo de la Vorágine. Éste en su citada *Leyenda aurea*<sup>63</sup> hace referencia a la tema en dos oportunidades, aunque nos interesa específicamente la primera. Al referirse a la festividad de “la invención de la Santa Cruz (*inventio* = descubrimiento)” (cap. LXVIII) narra –aunque a veces aclara sus dudas por la apocricidad– que “*envió a su madre santa Elena a Jerusalen para que tratara de buscar la cruz original, como más adelante se dirá*” y “*este precioso árbol de la cruz permaneció oculto bajo tierra más de doscientos*

---

<sup>60</sup> Sozomeno. *Historia eclesiástica*. II, 1.

<sup>61</sup> Crónica de san Jerónimo. PL 27,671.

<sup>62</sup> Detalles sobre la leyenda en: Lara Martínez, María y Laura. “Santa Elena y el hallazgo de la cruz de Cristo”, en: *Comunicación y Hombre*, 3, 2007, p. 46.

<sup>63</sup> Santiago de la Vorágine. *La leyenda dorada*. Madrid, Alianza, 1987, 2 v.



años, pues todo ese tiempo transcurrió hasta que fue encontrado por santa Elena, la madre del emperador Constantino” y luego “engalana” la selección de la vera cruz con la “delación” de un judío llamado Judas, quien, tras permanecer seis días en el interior de un pozo, confesó la ubicación, agregando que Judas se convirtió luego en san Ciriaco y fue obispo de Jerusalén después del ya mencionado Macario.

La narración añade que también se hallaron los clavos de la crucifixión y según Rufino, con ellos, Constantino hizo unas bridas para su caballo y un yelmo, para que se cumpliera la profecía de Zacarías<sup>64</sup> mientras que “otra parte fue hecha recubrir con plata y guardada en su lugar, y ésta, todavía hoy, está custodiada por el recuerdo perenne y es objeto de asidua veneración” (X, 8) y todavía se venera en la iglesia de la santa Cruz en Roma.

Asimismo, una vez descubierto el santo sepulcro, según narra Eusebio, a Constantino “se le ocurrió pensar que era su deber hacer que el benditísimo lugar de la resurrección del Salvador en Jerusalén llegara a ser eximio y venerable y al punto, pues, ordenó construir un edificio dedicado a la oración”<sup>65</sup> y Sozomeno agregó que “habiendo llamado de todas partes a artesanos especializados, hizo construir grandísimos y espléndidos templos”<sup>66</sup>. Éste fue el origen de la actual basílica del Santo Sepulcro<sup>67</sup>.

Según Eusebio se agregan “las dos venerables y magníficas iglesias, dignas de perpetua memoria, que la augusta Helena, madre religiosísima de un religiosísima emperador, fundó como testimonio de su reverente sentimiento, en honor de Dios su salvador, sobre las dos místicas cuevas, cooperando su hijo con el subsidio de su poder imperial”<sup>68</sup>, una junto a la “cueva del nacimiento” en Belén y la otra sobre el monte de los Olivos, de donde ascendió al cielo<sup>69</sup>.

Asimismo Eusebio añade que Constantino comenzó a donar templos a los cristianos, a la vez que “que proveía de profusas subvenciones, de su propio

---

<sup>64</sup> “y sobre la brida del caballo se pondrá la inscripción: «Sagrado el Señor omnipotente»” (14,20).

<sup>65</sup> Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. III; 25.

<sup>66</sup> Sozomeno. *Historia eclesiástica*. II, 1.

<sup>67</sup> Sócrates. *Hist.eccl.* I, 17.

<sup>68</sup> Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. III, 43, 4.

<sup>69</sup> Cfr. Capizzi, Carmelo. “La venerazione del Santo Sepulcro da Costantino a Giustiniano”, en: *Apollinaris*, LXIX, 3/4, 1996, p. 857/84 y Barsottelli, Lamberto. “I luoghi santi evangelici di Gerusalemme e la tradizione fino a Costantino”, en: *Euntes Docete*, XXV, 1972, p. 226/71.

*peculio, a las iglesias de Dios, ampliando y construyendo de nueva planta casas de oración, al tiempo que embellecía con nutridas dotaciones lo más digno de respeto que se destina para el culto de la iglesia*”<sup>70</sup>. En este aspecto es sabido que en 312, poco después de la victoria en Puente Milvio, el emperador donó al obispo romano Milciades la *domus Flavia*, convertida en la basílica (*basilike*) de San Juan de Letrán y hacia el 326 la basílica de San Pedro en el Vaticano, entre otras.

Sin lugar a dudas todos estos elementos que mencionamos como parte de la conversio ayudaron a la formación del mito de Constantino.

### 3. EL EDICTO DE MILÁN

Se conoce como edicto de Milán un texto que nos ha llegado en dos versiones<sup>71</sup> y que, bajo el nombre de los emperadores Constantino y Licinio, y publicado en febrero de 313 en Milán, proclamó la licitud del cristianismo, autorizando “a los cristianos y a todos los demás la facultad de practicar libremente la religión que cada uno desease”, a la vez que devolvía a los aquellos los bienes que les habían sido incautados, ratificando, sin citarlo, el edicto de tolerancia de Galerio (310/1)<sup>72</sup>.

Pero no es nuestro objetivo analizar las características formales del “edicto” sino remarcar su importancia para el desarrollo futuro del cristianismo y para la imagen de Constantino, tema de nuestro trabajo. Y en este aspecto debemos remarcar que la historiografía cristiana acentuó en exceso el papel de Constantino en la “cristianización del Imperio” en desmedro de la labor desempeñada medio siglo más tarde por Teodosio, llegando a confundir, inclusive, el contenido de las disposiciones de Milán con el Edicto de Tesalónica de éste último.

Por lo tanto, más allá de los detalles, “es un hecho que a principios del 313, Licinio y Constantino se juntaron en Milán y convinieron ciertas

---

<sup>70</sup> Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. I, 42, 2.

<sup>71</sup> Las dos versiones son similares –pero una en latín y la otra en griego- y pertenecen a Eusebio de Cesarea– (en su *Historia ecclesiastica* (X, 5, 3/5) y a su contemporáneo Lactancio en *Sobre la muerte de los perseguidores* (XLVIII, 1/13). Lactancio habla de “una circular (litteras) que había entregado al gobernador sobre el restablecimiento de la Iglesia” (y la transcribe) (XLVIII, 1).

<sup>72</sup> En: Eusebio. *H.E.* VIII, 17.

medidas sobre el gobierno del Imperio, y, como dice Palanque<sup>73</sup>, poco favorable al edicto, «existen cartas de Roma, y de Nicomedia en las que se observa que se ha operado una verdadera revolución en materia religiosa»<sup>74</sup>.

Es interesante observar que en una línea bastante alejada de Eusebio, hace pocas décadas todavía, el historiador Fabrizio Canfora llegó a afirmar que con “respecto a la finalidad del edicto de Milán, puede decirse, que fue promulgado por Constantino... no inducido por motivos (filosóficos) de tolerancia o (prácticos) de pacificación de los súbditos, sino -por así decir- religiosos; con la finalidad, esto es, de asegurarse a sí mismo y al imperio el favor, también, del Dios cristiano”<sup>75</sup>.

#### **4. LA IMAGEN DE CONSTANTINO EN EUSEBIO**

No resulta sencillo y superaría con creces el tiempo que disponemos analizar la intención de Eusebio como historiador. Nos limitaremos a insinuar algunos puntos que merecerían detallada atención.

En primer lugar, más allá del convencimiento religioso de Eusebio, éste fue un importante panegirista político –y el primero cristiano–, que desempeñó un papel fundamental en la difusión de la “imagen de Constantino” como monarca cristiano, convirtiéndole –¿sin quererlo?– en un verdadero modelo (topos) de éste para los futuros “espejos de príncipes”<sup>76</sup>. El propio autor lo anticipa al escribir “...*el objetivo de la presente obra nuestra dicta escribir y hablar sólo de lo que atañe a la vida de religiosa piedad*”<sup>77</sup>.

En muchas páginas de la *Vita*, Eusebio efectúa encomios de Constantino. Así, por ejemplo, tras felicitarle por la época en que vive, señala

---

<sup>73</sup> Palanque; J.R. *Saint Ambroise et l'Empire romain*. Paris, De Boccard, 1933, p. 24 y “A propós du prétendu édit de Milan”, en: *Congreso Budé de Nice*, abril 1935, p. 235/43.

<sup>74</sup> Llorca, B. –García Villoslada, R.- Montalbán, F. *Historia de la Iglesia católica*. Madrid, B.A.C., 1964, t. I, p. 357, nota 7.

<sup>75</sup> Canfora, Fabrizio. “Simmaco e Ambrogio o di un'antica controversia sulla tolleranza e sull'intolleranza”. Bari, *Adriatica*, 1970, p. 16, nota 14.

<sup>76</sup> Cfr. Drake, H. What Eusebius knew: The genesis of the *Vita Constantini*, en: *Classical Philology*, 83-1, enero 1988, p. 32 y Dupont, C. “Decisiones et textes constantiniens dans les oeuvres d'Eusebe de Césarée”, en: *Viator*, 2, 1971, p. 31.

<sup>77</sup> Eusebio de Cesarea. *Vida de Constantino*. I, 11, 1.

“...precisamente nosotros, a quienes el mismo Dios nos ha hecho la merced de que topáramos con un monarca tal como nunca época alguna dio a conocer, y de qué llegáramos a verlo, a conocerlo, a tratarlo?” (I, 10, 2)] y lo elogia en estos elocuentes términos: “...un emperador tal cual nadie recuerda que haya antes existido, por lo que haya oído de los antiguos, tan amado de Dios y triplemente bienaventurado, tan piadoso y tan del todo venturoso, que domeñó con toda facilidad más naciones que sus predecesores y condujo hasta el final un imperio indemne” (I, 6).

En su modelo de *princeps* frente al tirano (HE IX, 9, 11), le llama victor (IV, 20) por su *pietas* (HE X, 9, 1) –y la de su madre- y acentúa la prioridad de conservar la *pax* (III, 60, 4),

Pero, además, Eusebio fue un teólogo que enunció su propia teología política para justificar el poder del primer emperador cristiano, sobre antecedentes helenísticos<sup>78</sup>, y sentando una base sólida para fundamentar el derecho divino de los reyes.

Como bien han señalado varios estudiosos, Eusebio, en su elaboración de la imagen de Constantino, lo identificó con los patriarcas del antiguo “pueblo de Dios” y fundamentalmente lo consideró “el nuevo Moisés”, insertándolo así en la historia sagrada<sup>79</sup>. “Moisés es la figura central de la interpretación eusebiana de la relación entre cristianismo y judaísmo”<sup>80</sup>.

Como bien observa Cracco Ruggini “la apología eusebiana del ideal monárquico en el plano exegético, ideológico y teológico era sobre todo la coronación de una especulación ya anterior sea cristiana o profana. A partir de Eusebio, en la Historia eclesiástica (casi toda, no por casualidad, iniciada con el reinando de Constantino) la historia del imperio está constantemente prospectada como victoria histórica de la salvación según un diagrama ascendente, en el cual la creación del Principado, en la providencial sincronía

---

<sup>78</sup> Cfr. Delatte, E. *Les Traités de la Royauté d’Echphante, Diotegéne et Sthénidas*. París, Droz, 1942.

<sup>79</sup> Véase una posición similar adoptada por Paulo Orosio con respecto a Augusto en la época de Jesús en nuestro: “El papel de Paulo Orosio en el pasaje de la Romanidad a la Cristiandad”. En *XIX Semana de Estudios Romanos* de la Universidad Católica de Valparaíso. Octubre del 2000.

<sup>80</sup> Hollerich, M. “Religion and Politics in the Writings of Eusebius: Reassessing the First Court Theologian”, en: *Church History*, 59, 3, set. 1990, p. 317. Cfr. Amerise, B. “Costantino il nuovo Mosé”, en: *Salesianum*, 67, 2005, p. 671/700 y Bruns, J. Edgar. “The “Agreement of Moses and Jesús” in the “*Demonstratio Evangelica* of Eusebius”, en *Vigiliae Christianae*, 31, 2, junio 1977, p. 117/25.

Augusto-Cristo, representaba el punto de partida y la premisa indispensable de una arjé de perfección, ajustada bajo el reinado de Constantino y consolidada sucesivamente por Teodosio<sup>81</sup>.

Es categórica la apreciación de Drake cuando afirma que Eusebio demostró la habilidad en unir frecuentes referencias elogiosas del emperador con su propia teología (política), generando una “combinación particularmente efectiva” que llevó a los eruditos a exagerar la influencia del obispo en el emperador<sup>82</sup>.

Los conceptos más importantes de esta posición los pronunció en su discurso del 25 de julio de 336, durante los festejos de las *tricennalia* imperiales (*Triakontaeterikós*) frente al propio Constantino, en ocasión de la dedicación de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, en medio de gran ceremonial, acompañado por todos los obispos asistentes en Tyro<sup>83</sup>. Según esta concepción política imperial -o mejor teológico-política de Eusebio de Cesarea -que no podemos exponer aquí<sup>84</sup>-, Constantino, el *basileus* era el *Kosmos-krator* o emperador que actuaba -al mejor estilo neoplatónico y estoico que detallara Dion de Prusa- como el representante de la Divinidad cósmica que administraba de manera vicaria el orden político (*basileia*, luego *imperium*) en la tierra (el *orbis terrarum*) a la manera como el Verbo Encarnado administraba la Creación<sup>85</sup>. El mismo Eusebio lo expresará públicamente en el panegírico que pronunciará con motivo de los treinta años de reinado del emperador, al afirmar: "lo que ha sido acordado a un solo hombre sobre la tierra por el Dios maestro del universo: es esta regla del

---

<sup>81</sup> “el pío emperador signado del carisma de la *πρόνοιά*” (Cracco Ruggini, L. “Zosimo, ossia il rovesciamento delle Storie Ecclesiastiche”, en: *Augustiniana*, XVI, p. 32).

<sup>82</sup> Cfr. Drake, H. “What Eusebius knew: The genesis of the *Vita Constantini*”, en: *Classical Philology*, 83-1, enero 1988, p. 32.

<sup>83</sup> Tillemont (VI, p. 284) dice que superaron los 230.

<sup>84</sup> Cfr. Hubeňak, F. “La ideología política de Constantino y/o Eusebio de Cesarea”; en: XXIV Semana de Estudios Romanos. Universidad católica de Valparaíso, septiembre de 2010.

<sup>85</sup> Cfr. Eusebio. *Vita Constantini*. II, 19, 1/2 y IV, 29, 1/4 y nuestro: “Hacia una *basileia* romana: el caso de Dion de Prusa”, en: *Polis*, Universidad de Alcalá de Henares nº 20 (2008), pp. 73-88. De no menor interés es la visión arquitectónico-teológica que Eusebio enuncia en su *Vita*. “El espacio cósmico interior del templo es el diagrama de la Jerusalén celeste” (*Hist. Eccl.* X 4, 25). Cfr. Gurruchaga, M. Introducción a *Eusebio de Cesarea. Vida de Constantino*. Madrid, Gredos, 1994, p. 288/9, nota 72.

poder real que le atribuye una autoridad única entre todos. De hecho la monarquía es preferible a las constituciones o gobiernos colectivos; pues un régimen de poliarquía descansando en varios soberanos de rango igual equivale a la anarquía. Por la misma razón, hay un sólo Dios y no dos, ni tres o más. En efecto, el politeísmo es exactamente ateísmo. No existe sino un único Rey celestial y su único Logos y Nomos real que no se puede explicitar por palabras y sílabas y que no hace perder tiempo en escritos y estelas para designarlo"<sup>86</sup>. Una vez más -al mejor estilo romano tradicional- en Eusebio se reencontraban política y religión"<sup>87</sup>.

Por otra parte, no olvidemos que también su *Historia Ecclesiastica* concluye afirmando: “Expurgada así realmente, toda tiranía, el imperio que les correspondía se reservaba seguro e indiscutible solamente para Constantino y sus hijos, quienes, después de eliminar del mundo antes que nada el odio a Dios, conscientes de los bienes que Dios les había otorgado, pusieron de manifiesto su amor a la virtud, su amor a Dios, su piedad para con Dios y su gratitud, mediante obras que realizaban públicamente a la vista de todos los hombres” (X, 9, 9).

Esta imagen constantiniana tuvo tal efecto que la Iglesia ortodoxa canonizó tanto al emperador Constantino como a su madre, honrándolos el 21 de marzo y el 18 de agosto respectivamente.

## 5. EL MITO

A manera de una rápida –pero tejida- referencia historiográfica conclusiva podemos mencionar que la mencionada línea de Eusebio de Cesarea fue continuada por otros historiadores de la Iglesia como Rufino – que añadió dos libros (X y XI) referidos al período de 318 a 395-, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, mientras que otros como san Jerónimo –traductor

---

<sup>86</sup> Discurso-panegírico del *Triakontaeterikos* de Constantino el 25 de julio del 336. Se agradece a Pablo Diaz de la Universidad de Salamanca su generoso aporte de la traducción castellana.

<sup>87</sup> Cfr. Hubeňák, F. “Roma. El mito político”. *Bs. As.*, Ciudad Argentina, 1997, espec. págs. 213/53 y Hubeňák, F. “Historia política y profecía. Roma y los grandes imperios antiguos a la luz de las predicciones del profeta Daniel”, en: *Hispania Sacra*, XLVIII, 97, 1996.

de la Crónica eusebiana y continuador hasta el 378- o san Ambrosio<sup>88</sup> le efectuaban ajustes y modificaciones que, más allá de sus intenciones correctivas, sirvieron para ajustar el mito, elaborando una imagen del emperador Constantino y su papel en la cristianización del Imperio que pasó a la Cristiandad medieval en obras de autores como Paulo Orosio en la *Historia adversos paganos* en el siglo IV, Casiodoro en la *Historia Tripartita*<sup>89</sup> en el V y Otto de Freisinga en la *Chronica sive Historia de duabus civitatibus* en el XII<sup>90</sup>.

Con respecto al tema que nos ocupa escribió: “Cuando Constantino pasó a reinar sólo, y a dominar el Imperio, la Iglesia sufrida alcanzó por fin la deseada paz. Una vez muertos sus impíos perseguidores, y liberados los justos de la angustia, fue como si otra nube se hubiera disipado y entonces, un día alegre comenzó a brillar para la Ciudad de Dios por toda la tierra, letus dies ubique terrarum civitate *Dei coruscare cepit*<sup>91</sup>. Entonces los católicos pudieron construir y enriquecer sus iglesias. El emperador Constantino exaltó de tal modo a la Iglesia que entregó al papa Silvestre las insignias imperiales, y se mudó a Bizancio donde estableció la capital de su Imperio”<sup>92</sup> y en el libro siguiente agrega que “desde Constantino, las dos ciudades convergen en una con sus habitantes mezclados como granos con la paja. La Ciudad de los justos primero permanecía oculta hasta la venida de Cristo y, desde entonces, progresa poco a poco hasta el tiempo de Constantino. A partir de entonces, cesadas las persecuciones movidas por los

---

<sup>88</sup> No olvidemos que San Jerónimo considera a Eusebio “el portaestandarte de la facción arriana” y el “campeón de la impiedad” (Hombres ilustres, 81; cit. Leclercq, J. *Dictionnaire d'Archeologie chretienne et de liturgie*. Paris, 1922, p. 762), mientras que el historiador Sócrates le acusa de “reputación de duplicidad” (Hist. Eccles. I, I, 23). También Ambrosio, integrado a la línea eclesiástica romanista desconfía de su filo-arrianismo.

<sup>89</sup> P.L. LXIX-LXX.

<sup>90</sup> *Gestarum rerum ab Adam protoplasto usque ad tempos nostrum seriem executurus primo epsum, quem habitat genus humanum, orbem, sicut a maioribus accepimus breviter disinguamus*. Su gran obra de historia del mundo, desde Adan hasta su época, situada entre los años de 1143 e 1147” (da Costa Nunes, Ruy. “Reflexoes sobre a Cronica ou a História das Duas Cidades”, en: [www.hottopos.com/notand6/nunes.htm](http://www.hottopos.com/notand6/nunes.htm)).

<sup>91</sup> Chr. IV, 3.

<sup>92</sup> da Costa Nunes, Ruy. “Reflexoes sobre a Cronica ou a História das Duas Cidades”, en: [www.hottopos.com/notand6/nunes.htm](http://www.hottopos.com/notand6/nunes.htm). Se refiere a la célebre “donacion de Constantino”.

enemigos externos, pasó a sufrir tribulaciones internas, por instigación del diablo, hasta los tiempos de Teodosio...”<sup>93</sup>.

No olvidemos que la Historia tripartita fusionó en latín las historias de Sócrates, Sozomeno y Theodoretos y junto con Rufino y Orosio fueron las principales fuentes a través de las cuales el mundo medieval conoció la historia de la iglesia primitiva. De este modo quedó consolidado un topos hagiográfico, nacido en las historias eclesiásticas y trasladado a las crónicas históricas sin mayores vacilaciones hasta el siglo XVI.

Pero en el conocimiento existente sobre la vida de Constantino quedaban una serie de lagunas que favorecieron la construcción de un verdadero mito como los de Alejandro Magno o Carlomagno. Así el cronista Gregorio de Tours, en su *Historiam libri*, no vaciló en denominar al rex Clodoveo como el *novus Constantinus* (II, 31), mientras que Geoffrey de Monmouth lo emparentó con el ciclo artúrico en Inglaterra (IV, 6, 78)<sup>94</sup>.

Paralelamente el ya citado Jacobo de la Vorágine le otorgó un enfoque romano papal (anti-griego) al adaptar y fijar la versión del emperador leproso y curado (límpio) por el agua bautismal, que refieren las *Actas Sylvestri*, redactadas hacia los siglos IV o V, de gran popularidad en la época y convertidas en la raíz de una serie de ajustes y complementos legendarios que se aprecian en los historiadores “bizantinos”<sup>95</sup>.

Es interesante observar como señala Vincenzo Aiello –autor de un estudio sobre el mito de Constantino- que “otro personaje que ha jugado un papel fundamental en el desarrollo del mito constantiniano fue su madre Elena, cuyo real peso en su vida es difícil de medir. Para él Elena fue el instrumento a través del cual fue rehabilitado Constantino de su filo-arrianismo y ésta rehabilitación pasó a través del *obitu Theodosii* de san Ambrosio de febrero 395, quien menciona el antecedente constantiniano de la herencia de la fe (*hereditas fidei*) y efectúa una importante digresión sobre la *inventio crucis* como garantía de la protección divina”<sup>96</sup>. De este modo san Agustín en *De*

---

<sup>93</sup> Chr. V, prologus; cit. da Costa Nunes, Ruy. “Reflexoes sobre a Cronica ou a História das Duas Cidades”, en: [www.hottopos.com/notand6/nunes.htm](http://www.hottopos.com/notand6/nunes.htm).

<sup>94</sup> Piredda, Anna M. “La figura di Costantino dal tempo di papa Simmaco a Gregorio di Tours”, en: *Diritto i Storia*, 2, marzo 2203, Memorie, p. 4.

<sup>95</sup> Tal, por ejemplo, Cedreno o la “síntesis de elementos” en Zonaras. Cfr. Baldini, A. “Una confutazione cristiana della versione pagana della conversione di Costantino: ulteriori considerazioni di storiografia”, en: *Revista Storica dell’Antiquità*, XXXIII, 2003, espec., p. 227/9.

<sup>96</sup> 41/51.



*civitate Dei* pudo considerar a Constantino, igual que a Teodosio, como campeones de la ortodoxia de la fe<sup>97</sup> creando y consolidando la imagen eclesiástica tradicional de un Constantino ortodoxo; imagen que, paralelamente a las *Actas Sylvestri*, de la narración hagiográfica, del culto, de los poemas caballerescos, del ciclo pictórico (arturiano) estaba destinada a perdurar por los siglos<sup>98</sup>.

Con motivo de la aparición de las confesiones protestantes en el siglo XVI se acentuó el interés por los orígenes de la Iglesia romana, como también la secularización de la historia de la Cristiandad (europea). Esta tarea fue iniciada con una historia (*Centuriatori di Magdeburgo*)<sup>99</sup> que despertó los estudios de crítica histórica. Su enfoque hiper-crítico revitalizó, en el espíritu reformador del concilio de Trento<sup>100</sup>, la historia eclesiástica que, obviamente incluyó a Constantino y a su biógrafo Eusebio de Cesarea.

Hitos claves de la revisión- y consolidación- de la imagen de Constantino- fueron el historiador católico Carlo Sigonio, quien en 1578 en su *Historiarum de occidentali imperio*. Libro XX examinó críticamente la Vita Constantini de Eusebio. Paralelamente el erudito francés Henri Valois (Valesius) tradujo y difundió la *Eusebii Ecclesiastica historia, et vita Constantini imperatoris, graece et latine* (1659), rescatando un papel importante para la obra. Contemporáneamente el celebrado cardenal Cesar Baronius encabezó la “respuesta romana” a las Centurias, comenzando la publicación de los *Annales Ecclesiastici*, que evidentemente hacían referencia al obispo de Cesarea y al emperador cristiano. En este ambiente no fue menos importante el aporte crítico del jansenista Louis-Sébastien Le Nain de Tillemont (1637-98), autor de una importante *Historia de los*

---

<sup>97</sup> La interpretación de san Jerónimo sobre Constantino y Eusebio, que era en los hechos, la más verídica, fue contada y derrotada por la ambrosiana.

<sup>98</sup> Aiello, V., en: *Diritto e Storia*, 2, marzo 2003, Memorie.

<sup>99</sup> Su título real era: *Ecclesiastica historia integra ecclesiae Christi ideam secundum singulas centurias perspicuo ordine complectens singular diligentia et fide ex vetustissimis et optimis historicis, patribus et allis scriptoribus congesta per aliquot studiosos et pios viros in urbe Magdeburgensi*. Su iniciador fue Mathias Flacius Illyricus en 1554 y con la ayuda de John Wigand, Mathias Judex, Basilius Faber, Andreas Corvinus y Thomas Holzschuber, hasta 1574 aparecieron ocho volúmenes.

<sup>100</sup> Recordemos que el Papa León X encargó a Rafael pintar los frescos de la sala de Constantino con la aparición de la cruz, la batalla de Puente Milvio, el bautismo y la donación de san Silvestre.

*emperadores y otros príncipes que reinaron durante los seis primeros siglos de la Iglesia*, que incluía una vida de Constantino en el tomo IV y que fue editada a partir de 1690.

En este contexto debemos entender el clásico Discurso de la historia universal redactado, en 1681 para el Delfín de Francia, por el obispo francés Jacques-Benigne Bossuet, maestro de Luis XIV y que se convirtió en modelo desde una óptica cristiana. En la primera parte, en la que denomina undécima época reafirma: “La célebre declaración de Constantino ocurrió en el año 312 de Nuestro Señor Jesucristo. Mientras estaba sitiando a Majencio en Roma se le apareció en el aire a vista de todos una cruz luminosa con una inscripción que le prometía la victoria, promesa que le fue también confirmada en sueños. Al día siguiente ganó la famosa batalla que libró a Roma de un tirano y a la Iglesia de un perseguidor. La Cruz fue enseña y defensa del pueblo romano y de todo el imperio... Dióse la paz a la Iglesia, a la que Constantino colmó de honores<sup>101</sup>”.

Similares conceptos empleó el abad Louis Marie Duchesne, en su clásica obra *Histoire ancienne de l'Eglise*<sup>102</sup> publicada entre 1906 y 1911. Ésta ya incluye los tres elementos que mencionamos: la visión de Constantino con el agregado de la versión de la construcción del Labarum, el encuentro de las reliquias de la Pasión (el lugar y la cruz)<sup>103</sup>, y también hace una referencia no demasiado precisa al “edicto de Milán”<sup>104</sup>. El mito estaba completo.

Estimamos que de las consideraciones precedentes podemos concluir que indudablemente la figura de Constantino elaborada por Eusebio de Cesarea, fue adaptada –embellecida– en muchas oportunidades y –como señala Aiello en su investigación sobre el mito de Constantino– dio lugar, ya por “parte de los contemporáneos a una manipulación de aquel personaje para plegarlo a sus propios intereses, construyendo un Constantino a su medida”.

## RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar el mito que se construyó en torno a la imagen del emperador Constantino y su vinculación con el cristianismo. En esta primera parte –dedicada a la construcción del mito– se señala el importante papel cumplido

---

<sup>101</sup> *Discurso sobre la historia universal*. Paris, Garnier, s/f., version castellana-p. 92.g.

<sup>102</sup> Paris, Fontemoing, 1908, t. II, p. 56/9.

<sup>103</sup> *idem*, p. 64 y 81.

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 61.

por el obispo Eusebio de Cesarea, como también de los demás autores antiguos que se ocuparon del tema. La cuestión se analiza –basándose en las fuentes y parte de la innumerable bibliografía actualizada– a partir de tres aspectos considerados básicos: la *conversio Constantini*, el encuentro de la Vera Cruz y el llamado Edicto de Milán, para concluir esbozando la imagen de Constantino en Eusebio de Cesarea.

**PALABRAS CLAVES**

Emperador Constantino - Eusebio de Cesarea - *Conversio Constantini* - Vera Cruz - Edicto de Milán-

**ABSTRACT**

The aim of this paper is to analyze the myth that was built around the Emperor Constantine's image and his relationship with Christianity. In the first part –where the construction of the myth is developed– the fundamental role played by the Bishop of Caesarea is highlighted, as well as that of other classic authors that studied this phenomenon. In this work this issue is analyzed not only by consulting the sources and part of the enormous updated bibliography but also by using three main starting points: the */Conversio Constatini/*, the discovery of the True Cross and the Edict of Milan, to conclude with an outline of the Emperor in Eusebius' Life of Constantine (*Vita Constantini*).

**KEYWORDS**

Emperor Constantine - Eusebius of Caesarea - *Conversio Constatini* - True Cross - Edict of Milan.